

Las bases cognitivas del estilo lingüístico

Miguel Ángel Aijón Oliva
Universidad de Salamanca

María José Serrano
Universidad de La Laguna

Abstract

Studies on variation in linguistic structure have rarely tried to move beyond description and find an explanation for the correlations observed between formal variants and internal, social and/or situational factors. In our view, the usual insistence on the need for synonymy between alternating forms has obscured the fact that it is precisely differences in meaning –however subtle they be– that may account for the existence and maintenance of alternations within a linguistic system. The main aim of this paper is to propose a theoretical concept of *linguistic style*, this being understood as the possibility of making meaningful choices on all internal and external levels of linguistic usage, from the formal to the pragmatic-discursive and social-situational ones, and which could be ultimately explainable by general principles of human cognition. Starting from an empirical investigation on Spanish verbal clitics, it will be shown how the discursive and cognitive meanings of grammatical variants may constitute the basis not only for their internal covariations, but also for their potential as interactional stylistic resources, which in turn might explain their social distribution.

Keywords

Syntactic variation, style, meaning, interaction, sociolinguistics, cognitivism.

1. Un nuevo enfoque de la variación en las lenguas

El estudio de la variación en la estructura lingüística ha partido tradicionalmente de la creencia de que las supuestas variantes de un fenómeno poseen idéntico significado, pero no se usan con la misma frecuencia en los mismos contextos.¹ Gran parte de las investigaciones en esta línea han propuesto correlaciones estadísticas de las variantes con factores relacionados con el contexto social (edad, sexo o nivel sociocultural de los hablantes) y con la situación comunicativa (formalidad, tema del discurso, relación entre los participantes), además de tener en cuenta que el propio contexto gramatical y discursivo puede condicionar la preferencia por unas formas u otras.² El gran volumen de investigación empírica realizada en esta línea hace difícil obviar que, en efecto, determinados contextos formales, grupos sociales y marcos de actividad e interacción prefieren cuantitativamente unas formas lingüísticas a otras.

No obstante, rara vez se ha intentado rebasar el plano descriptivo y fundamentar teóricamente la existencia de tales correlaciones. Antes bien, se ha preferido tomar su propia existencia como principio básico que no necesita explicación, o en todo caso se ha aludido a factores psicosociológicos como la educación del hablante, sus aspiraciones sociales o sus deseos de autoinserción o autoexclusión grupal, entre otros. Si bien la mayoría de los enfoques sociolingüísticos se centran en estudiar el rol del hablante como usuario de la lengua, lo cierto es que muy poco se sabe o se indaga sobre las verdaderas causas que llevan a los hablantes a seleccionar una variante frente a otra. La relación entre el hablante y sus elecciones lingüísticas ha sido poco explorada, debido a un enfoque primordialmente conductista: el hablante tiende a comportarse según su categoría social, según la situación comunicativa u otros aspectos sociales o psicológicos. Esta orientación ha prevalecido sobre todo en el variacionismo, que analiza clases cerradas de individuos con comportamientos previsiblemente opuestos en cuanto a una determinada variable lingüística, y de los que se espera o presupone una conducta más o menos homogénea en su comunidad de habla. Poco se explica más allá de la mera pertenencia de un hablante a una clase o grupo social.³

Estos análisis no aclaran, sin embargo, por qué el sistema lingüístico permite y a veces incluso perpetúa una situación tan antieconómica como la existencia de varias alternativas para expresar (supuestamente) el mismo contenido, ni mucho menos por qué ciertos tipos de interacción, y ciertos caracteres sociodemográficos de los hablantes, parecen potenciar el recurso a ciertas formas lingüísticas en detrimento de otras.

Sólo en la actualidad empezamos a intuir la posibilidad de explicar teóricamente los fenómenos de variación que aparecen en las lenguas naturales, y ello gracias a importantes avances en tres ramas de la investigación lingüística llamadas a complementarse: el estudio de la variación en el continuo sintaxis-discurso-pragmática (cf. Serrano 2007, 2010a, 2010b), las nuevas teorías sociolingüísticas sobre el estilo como creación de identidad (cf. Coupland 2007, Auer ed. 2007, Schilling-Estes 2002, Eckert y Rickford 2001, Eckert 2000), y el desarrollo del paradigma teórico cognitivista, asentado en el principio de que no tiene sentido separar el lenguaje de las demás actividades mentales del ser humano, y que, de hecho, la forma lingüística va unida indisolublemente al contenido que expresa (cf. Croft y Cruse 2008:18--20, Gibbs 1996:31, Langacker 1991, 1999, Talmy 2000).

Ya las tempranas críticas a los trabajos sobre variación sintáctica, por parte de autores como Lavandera (1978, 1984), evidenciaron la imposibilidad de llegar a comprender los fundamentos y las correlaciones de este tipo de variación con un ingenuo análisis semántico basado en la equivalencia descriptiva. Por esta razón, diversos autores acudieron a la pragmática y al análisis del discurso en busca de los instrumentos necesarios para perfeccionar el análisis (cf. Serrano 1994, Silva-Corvalán 2001). Ello supuso un avance importante, al permitir observar que las alternativas sintácticas no son sinónimas, sino que sirven para matizar valores discursivos como el grado de certeza del emisor, la literalidad del enunciado o la fuerza pragmática del acto de habla. Aun así, a la larga también estos acercamientos han provocado insatisfacción, por su dificultad para rebasar lo contextual e inducir explicaciones de validez general (cf. las revisiones de Serrano 2007, 2009), por lo que se hace necesario ir más allá y buscar en una teoría de la lingüística general el fundamento último de la investigación.

A nuestro juicio, son los conceptos teóricos de la lingüística cognitiva los que permitirán lograr que el análisis de la variación en las lenguas rebase el nivel descriptivo, al que se ha visto confinada hasta el momento, y alcance realmente un valor explicativo-predictivo. Frente a los enfoques teóricos formales (estructural y generativista) predominantes durante el pasado siglo, para el cognitivismo las categorías lingüísticas no son

autónomas respecto a la organización conceptual general y a los mecanismos de procesamiento (Gibbs 1996:31); esto lo convierte en un paradigma lingüístico diferenciado y nuevo (cf. Cuenca y Hilferty 1999:14; Heine 1997; Cifuentes 1994; Casad 1996, Geeraerts 2006). Su idoneidad para constituirse en basamento teórico de la sociolingüística y de otras líneas de la lingüística de la comunicación surge del hecho de que, al contrario que las citadas teorías formalistas, centra su atención en el *uso*. En la cognición confluyen lo lingüístico y lo comunicativo, como formas de conceptualización o vehículos para expresar el significado; la lengua se entiende como un instrumento para significar, categorizar y conceptualizar, en el que la gramática está totalmente integrada.

Ello nos proporciona un ángulo analítico interesante e innovador para el estudio de la variación lingüística y, más concretamente, sintáctica. Tener en cuenta el uso como aspecto central de la cognición, como aglutinador de la gramática y de la semántica (y, por supuesto, de la pragmática), es una perspectiva que enlaza con los principios básicos de la mente humana, al asumir una postura experiencialista en la que la lengua no constituye una capacidad cognitiva diferente de otras, sino que viene relacionada con todas las demás (Johnson 1987, Lakoff y Johnson 1999). El experiencialismo considera que la cognición se basa en la experiencia del mundo y es imaginativa, con lo cual sólo puede describirse mediante modelos cognitivos. En este sentido, la lingüística cognitiva tiene muchos puntos en común con el constructivismo, claramente diferenciado del conductismo y del innatismo: la estructura lingüística depende de la conceptualización y a la vez la condiciona (Cuenca y Hilferty 1999: 17, 18; Langacker 1991, 1999). En definitiva, la explicación de la variabilidad lingüística remitiría a principios generales de la cognición humana y a la forma en que esta se construye a través de la interacción con el medio físico y con otros miembros de la especie: si existe variación en las lenguas es porque la propia realidad y nuestra forma de conocerla son intrínsecamente variables.⁴

Debemos subrayar que el enfoque que proponemos en el presente trabajo es de índole principalmente sociolingüística, centrado en el concepto fundamental de *estilo* como creación de significados que resultan de la variación sintáctica en un medio social (véase el apartado 2), y no pretende erigirse en una nueva teoría de la cognición, ni siquiera modificar las ya existentes. Nuestro objetivo principal es perfeccionar el estudio de la variación lingüística con la adición de una serie de instrumentos teóricos que nos proporciona la lingüística cognitiva, y no indagar en la propia naturaleza de la cognición humana.

El resto del presente trabajo se organiza de la manera siguiente. En el apartado 2 revisamos el concepto de *estilo* en la sociolingüística y exponemos en qué sentido supone nuestro enfoque una ampliación de dicho concepto, además de justificar su asentamiento como noción central del análisis. En 3 presentamos brevemente la serie de investigaciones empíricas previas (Aijón Oliva 2006a, 2006b, etc.) en las que se basarán, principalmente, nuestras propuestas teóricas. El apartado 4 revisa aspectos de variación formal en el paradigma de los clíticos verbales españoles, expone sus motivaciones gramaticales y semántico-pragmáticas, y muestra cómo de todo ello es posible inducir ciertos fundamentos cognitivos del uso variable de los clíticos. En 5 se intenta responder a la pregunta fundamental de si puede existir relación entre los valores notacionales internos de las variantes y la distribución cuantitativa que exhiben según situaciones comunicativas y grupos sociales, objeto tradicional del análisis sociolingüístico. Finalmente, el apartado 6 expone las conclusiones de esta revisión y resume los principios que habrán de guiar las investigaciones futuras en esta línea.

2. La ampliación del concepto de *estilo lingüístico*

La variación supone siempre una posibilidad de elegir. En todos los ámbitos de la vida se nos presentan opciones alternativas: formas de vestir, tipos de vivienda y maneras de decorarla, profesiones, actividades de tiempo libre, lugares para ir de vacaciones... Cada una de las elecciones entre alternativas que realizamos, sea totalmente consciente o no, sea deliberada o no, es (o forma parte de) un *estilo*. El estilo siempre conlleva una forma de generar significado para nosotros mismos y para quienes nos rodean. Así, en el ámbito de la sociología se habla de *estilo de vida* (cf. Auer 2007:12); la identidad social del estilo adoptado requiere, por una parte, la aceptación o validación de la sociedad donde se practica; pero, a la vez, constituye una opción para la (re)invención de la individualidad como persona.

El estilo lingüístico, de modo general, puede entenderse como cualquier forma de comunicarse que suponga una elección entre otras posibles, en un contexto interactivo determinado.⁵ Como cualquier otro tipo de estilo, el lingüístico no es simplemente una elección de cierta forma lingüística frente a otras; es también, y muy especialmente, una manera de construir y de comunicar significados. A través del estudio de las elecciones lingüísticas es posible perfilar el valor sociocomunicativo del estilo, de forma que cualquier función discursivo-pragmática verbal (rasgos prosódicos, cortesía, uso de las formas verbales o de los pronombres, etc.) o no verbal (rasgos quinésicos y proxémicos) puede ser interpretada en sentido estilístico. Se trata de integrar los aspectos lingüísticos en los niveles más esenciales con los paralingüísticos y con los socioculturales. Las sociedades modernas ofrecen posibilidades al individuo para su desarrollo personal a través de numerosas opciones; en este sentido, el estilo en la lengua compartiría muchos rasgos con otros aspectos sociales de la vida cotidiana a los que hemos aludido: forma de vestir, tipo de coche o casa, profesión, etc. (Gumperz y Cook-Gumperz 2007:479, Irvine 2001, Giddens 1991, Coupland 2007:3).

No obstante, hasta el momento las líneas de investigación lingüística que se han ocupado del estilo, y en particular la sociolingüística, han tendido a considerarlo meramente un fenómeno de conexión entre formas lingüísticas y significados sociales. Esto es, por lo general se parte de la hipótesis de que ciertos elementos de un sistema lingüístico son objeto de algún tipo de evaluación social por parte de los miembros de una comunidad (ya sea porque su uso se asocia a ciertos grupos humanos de esa comunidad, o a ciertas situaciones de comunicación, etc.) y se analizan las repercusiones de esa evaluación en el comportamiento lingüístico de los hablantes, bien desde un punto de vista cuantitativo o bien cualitativo. Por lo que respecta a este último, han resultado relevantes el enfoque antropológico-etnográfico desarrollado por Hymes (1974) y el interaccional de Gumperz (1982); ambos indagan en los mecanismos concretos que pone en juego el hablante para construir el acto de comunicación, en el primer caso prestando especial atención a la inserción del acto comunicativo en un contexto cultural más amplio, y en el segundo con un enfoque muy relacionado con la pragmática y el análisis de la conversación.

Pero el concepto de *estilo* como tal se ha manejado sobre todo en investigaciones de orientación cuantitativa, y particularmente en las desarrolladas por el paradigma variacionista, ya desde los primeros trabajos de Labov sobre el uso de variantes fonéticas vernáculas como marca de identidad local en Martha's Vineyard (1963) o sobre las distintas pronunciaciones de los vendedores de Nueva York, según el estatus socioeconómico que quieren dar a entender o el que suponen en sus clientes (1966). Estos estudios inauguraron una larga tradición de análisis cuantitativo, caracterizada por una visión notablemente estática de la estructura y los procesos de la sociedad, en la que de hecho

el concepto de *estilo*, que por sí mismo sugiere actividad e interacción, ha ocupado normalmente un lugar marginal.⁶ No obstante, en época reciente autores formados en el variacionismo laboviano, en particular Eckert (2000, 2001) y Coupland (2001, 2007), han subrayado el dinamismo inherente a la actividad estilística del hablante. Desde su punto de vista, los valores sociales que poseen las formas lingüísticas en la comunidad se rentabilizan y reformulan en la interacción concreta para construir determinadas imágenes personales y grupales, así como para crear solidaridad o distancia con el interlocutor. Estos acercamientos suponen un avance conceptual con respecto al conductismo variacionista, al hacer ver que el comportamiento lingüístico del hablante no es mera respuesta a una situación predefinida, sino que la comunicación posee un carácter creativo fundamental (cf. Aijón Oliva 2008:13--14).

Pero, a pesar de sus valiosas aportaciones, estos últimos enfoques no contemplan entre sus preocupaciones teóricas la posibilidad de que las elecciones estilísticas de los hablantes, además de su utilidad para transmitir y reformular significados sociales (pertenencia a un grupo determinado, posesión de cierto estatus económico o educativo, etc.) o psicológicos (rasgos de carácter, actitud hacia el interlocutor, etc.), puedan conllevar un significado particular en el plano lingüístico y en el cognitivo, distinto al de otras elecciones alternativas. De hecho, el variacionismo siempre ha obtenido sus mayores éxitos en el análisis de fenómenos fónicos, dado que las diversas realizaciones de un mismo fonema no suponen a priori alteraciones en el contenido del mensaje, lo que permite estudiar la influencia de los factores psicosociales sin interferencias. En el momento en que el análisis se desplazó hacia niveles superiores (léxico, morfosintáctico, discursivo), los principios básicos de esta escuela se vieron amenazados.

En particular, Lavandera (1978, 1984) cuestiona que las variables sintácticas sean portadoras de significado social y estilístico a la manera estipulada por Labov (1983), esto es, que se pueda elegir una u otra variante indistintamente y que lo que varíe sea sólo ese valor social y/o estilístico (1978:174).⁷ La variación sintáctica y sus significados se erigen en instrumentos para la creación de los contextos y de los estilos comunicativos (1984:13). Suscribimos, por tanto, la idea de Lavandera de que el hablante interviene activamente en la elección de los recursos lingüísticos apropiados para el discurso que se propone construir (1984:14--15), todo lo cual enlaza con las tendencias actuales que ven el estilo como construcción y distribución sociocomunicativa de los significados lingüísticos.

A partir de las críticas de esta autora y de otros, para muchos lingüistas la salida ha consistido en continuar limitando el análisis a variables fonológicas y, a lo sumo, morfológicas de tipo flexivo; otros, como el ya citado Coupland, han terminado rechazando el enfoque variacionista, disconformes con su rigidez y su dogmatismo. Sin embargo, nuestra propuesta es que, sin abandonar el concepto básico de *variación lingüística* (cuya existencia es incluso intuitiva) y la necesidad de profundizar en su estudio, se puede ir mucho más allá de lo logrado hasta el momento si se contempla el estilo como una actividad de creación simultánea de significados en diversos niveles, incluyendo el propio plano lingüístico. Consideramos que la variación lingüística es fiel reflejo y a la vez figuración de una realidad extralingüística percibida como variable, difusa y cambiante; las formas alternantes nunca significan exactamente lo mismo, aunque pudiera parecer así en un análisis semántico superficial. Las elecciones que realiza el hablante al construir su mensaje no son aleatorias ni poseen sólo connotaciones de índole psicosocial, sino que conllevan una forma particular de configurar la realidad a través del discurso. Cuando se elige emitir una construcción sintáctica frente a otras posibles en cierto contexto se puede estar transmitiendo, además de una forma gramatical, cierto valor pragmático-discursivo (por ejemplo, una mayor asertividad de la enunciación), cierto

significado situacional-estilístico (así, una marca de formalidad elevada, o un acto de descortesía) o socioestilístico (la indicación de la pertenencia a un grupo social) y, en último término, cierta percepción mental de la escena descrita (como un mayor flujo de energía entre el agente y el paciente del evento), si aceptamos que las variaciones en la forma recubren siempre alteraciones nocionales. Por lo tanto, la variación lingüística no es un hecho meramente formal, sino que siempre posee implicaciones significativas en algún nivel.⁸ Es desde esta perspectiva, mucho más amplia y compleja, desde la que creemos que se debe entender el concepto de estilo lingüístico: como creación constante de significado. El gran reto para la investigación será el de desarrollar un modelo teórico que pueda conciliar los diversos planos a los que afecta simultáneamente la variación (formal, semántico-pragmático, discursivo, socioestilístico) sobre la base explicativa de los mecanismos cognitivos generales del ser humano.

3. Una investigación empírica sobre el estilo y la cognición

A partir de este punto, trataremos de ofrecer cierto sustento empírico a nuestra argumentación en favor de un nuevo acercamiento al estilo sociolingüístico. Para ello nos basaremos en los resultados de una amplia investigación variacionista sobre la morfosintaxis de los clíticos verbales del español, ya publicados en diversos trabajos (Aijón Oliva 2006a, 2006b, 2007). En el curso de este análisis se empezó a observar que las variantes formales que alternaban según ciertos factores sociales y situacionales parecían implicar diferencias de significado en el plano pragmático-discursivo (lo cual, como sabemos, ya se había detectado en otros estudios de variación gramatical); pero, más aún, que permitían intuir conceptualizaciones parcialmente distintas del evento codificado en una cláusula. Los clíticos, debido a su origen pronominal y a su naturaleza déictica, son a menudo los encargados de representar en el discurso a sus entidades correferenciales, y poseen la capacidad de matizar el modo en que estas son percibidas en una escena descrita por medio del lenguaje. De entre los diversos fenómenos de variación que afectan a estas unidades, se prestó especial atención a los siguientes:

- 1) La concordancia verbal de los complementos a través de clíticos correferenciales adjuntos al verbo: (*Le / Ø*) *entregué los documentos al secretario.*
- 2) La elección entre los clíticos objetivos de dativo *le(s)* y acusativo *la(s), lo(s)* para hacer concordar un complemento: *A algunos de sus amigos no (los / les) invitó a la boda.*
- 3) Las pautas de colocación de los clíticos en los complejos pluriverbales sometidos a reducción clausal o gramaticalización: *Puedo hacerlo / Lo puedo hacer.*

Se trata de tres fenómenos que, en principio, no suponen alteraciones en el significado descriptivo de las cláusulas en que se dan; así pues, parecerían cumplir el requisito de sinonimia exigido tradicionalmente para hablar de *variables*. Sin embargo, sus pautas de variación permiten intuir que sí tienen repercusiones en otros niveles del significado. Aijón Oliva descubre que para explicar su comportamiento resulta útil acudir a ciertas nociones desarrolladas por el cognitivismo, entre las que destacan la prominencia o *saliencia* perceptiva de las entidades, la prototipicidad y el flujo de energía entre el origen y el término de un evento.

El material principal para dicha investigación lo constituyó el Corpus de Lenguaje de los Medios de Comunicación de Salamanca.⁹ El ámbito de la comunicación de masas oral y escrita resulta de gran interés para un análisis de estas características, ya que ofre-

ce una notable variedad de interacciones entre hablantes diversos. El uso de corpus de textos naturales, frente al recurso a la intuición del investigador, es reconocido de modo general como la metodología idónea en el ámbito sociolingüístico; a nuestro juicio, debería considerarse también inexcusable para la lingüística cognitiva, desde el momento en que esta constituye un enfoque teórico de índole constructivista, que reconoce el carácter esencialmente comunicativo del lenguaje y la necesidad de la interacción en sociedad para el desarrollo de la competencia lingüística.¹⁰

A continuación, basándonos en los datos del mencionado corpus, revisaremos los principales aspectos de variación y significado que atañen a cada una de las variables morfosintácticas. Asimismo, trataremos de dilucidar si sus fundamentos cognitivos (a partir de los conceptos de prominencia perceptiva, agentividad, afectación y flujo de energía, que parecen ser los más relevantes para el funcionamiento de los fenómenos analizados) pueden explicar no sólo su variación interna, sino también su distribución cuantitativa según las diversas situaciones de comunicación y los géneros textuales en que aparecen.

4. Variación y significado en la esfera de los clíticos verbales

4.1. La concordancia variable de los complementos

El uso de clíticos verbales correferenciales con los complementos directo e indirecto puede entenderse funcionalmente como un modo de concordancia objetiva; se trata de un rasgo que singulariza al español entre las demás lenguas románicas.

- (1) Ese programa_i deberían prohibir_{lo}_i por ley
- (2) Dale_j las gracias a esta señora_j

La concordancia con el verbo es, cognitivamente, una manifestación de la especial prominencia que alcanza un elemento concreto en la percepción humana de una situación o un evento (cf. Givón 1990:901). En español, es el sujeto el elemento gramatical que concuerda categóricamente con el verbo, a través de las desinencias de persona y número; ello hace que por lo general sea la entidad más relevante en la cláusula y la que proporciona la perspectiva principal desde la que se contempla la escena. En cambio, los objetos directo e indirecto sólo concuerdan en ciertos casos, a través de clíticos adjuntos a la base verbal. Todo parece indicar que esta lengua viene experimentando desde hace siglos un proceso hacia la generalización de la concordancia objetiva, si bien este se halla aún lejos de completarse.

Diversos estudios sincrónicos han mostrado que la concordancia de los objetos es más frecuente cuanto más se acercan sus rasgos sintácticos, semánticos y discursivos a los prototípicos del sujeto gramatical (cf. Aijón Oliva 2006a: cap. 6):

a) Cuando el referente del clítico es humano, más que cuando es inanimado¹¹. A menudo, complementos a priori no concordables, como los de verbos de desplazamiento, pueden serlo si poseen carácter humano.

- (3) el: balón que *le* ha llegado a Unái / el despeje de Unái lo recoge Afek [Punto Radio, 19/12/04, 18:10]

b) Cuando es determinado y específico, más que cuando no lo es; así, *El café no lo he traído*, frente a *Café no Ø he traído*. En el siguiente texto falla la concordancia del indefinido *nadie*:

- (4) “algunos pequeños se han ido llorando de la caseta al no querer donar Ø sus libros a nadie, ya que decían que eran suyos” [*El Adelanto*, 17/5/04, p. 3]

c) Cuando es complemento indirecto, más que cuando es directo, seguramente porque en el plano semántico aquella función suele comportar un mayor grado de actividad o prominencia: así, *Le traje unas setas a Antonio*, mientras que no es posible concordar el directo: **Las traje unas setas a Antonio*.

d) Cuando el referente constituye información temática en el discurso; de hecho, si aparece antepuesto al verbo, imitando el orden sintáctico prototípico SVO, su concordancia clítica es casi categórica.

- (5) porque entiendo que a la gente *le* pueda:: gustar ir a ver efectos especiales [Cadena SER, 30/5/03, 19:15]

En el discurso, los clíticos, como las desinencias verbales de sujeto, son una forma deíctica de mantener la referencia de un elemento a lo largo de sucesivas cláusulas.

- (6) A Félix Colsa *lo* dejaron fuera de la lista del Senado y las urnas *le* dejaron compuesto y sin acta de diputado, pero al final no *le* va a ir tan mal como asesor en la Diputación. [*La Gaceta*, 7/4/04, p. 3]

Asimismo, la concordancia clítica es categórica con los objetos de primera y segunda persona, cuya relevancia en el discurso suele ser obviamente mayor que la de los demás (*Me avisaron a mí*); lo mismo ocurre con los de tercera persona cuando se formulan como pronombres personales, por hallarse ya relativamente asentados en el contexto discursivo (*Le avisaron a él*). Todo ello indica que la aparición de los clíticos realza la importancia perceptiva de sus referentes en el discurso.

4.2. La variación paradigmática entre el acusativo y el dativo

Los fenómenos denominados tradicionalmente *leísmo*, *laísmo* y *loísmo* aluden a la variabilidad formal con que, a lo largo de la historia y en ciertas variedades actuales, se manifiesta la concordancia objetiva a la que nos hemos referido en el apartado anterior. Si bien a priori parece clara la distinción entre clíticos de acusativo (*lo, los, la, las*) y dativo (*le, les*), son frecuentes las confusiones entre ellos, e incluso en dialectos claramente distinguidores abundan los lexemas verbales con un solo complemento concordable que puede seleccionar tanto el clítico de acusativo como el de dativo, dependiendo de ciertos factores.

- (7) A Ana *la / le* ayudaron mucho las clases particulares
(8) Se queja de que los alumnos no *lo / le* obedecen

Según los resultados del análisis (cf. Aijón Oliva 2006a: cap. 7), dichos factores son, en general, similares a los observados para la variable precedente. En primer lugar,

es obvio que cuanto más se acerque un complemento a los caracteres prototípicos de la función de indirecto, más tenderá a emplear los clíticos de dativo; y lo contrario si se asemeja al complemento directo. Específicamente, los clíticos de dativo *le, les* son más frecuentes en los siguientes casos:

a) Cuando el referente del clítico es humano; de hecho, cuando es inanimado el uso de *le, les*, salvo en casos asimilables al prototipo de complemento indirecto, se interpreta como leísmo y resulta agramatical en la mayoría de los dialectos: #*El coche le dejé aparcado ahí*.

b) Cuando el referente es información temática en el discurso, y en particular cuando ya se ha mencionado en cláusulas previas y está activado en el contexto cognitivo que comparten los interlocutores. Ello puede permitir, en algunos casos, que se utilice *le(s)* con referentes inanimados:

- (9) La biomasa es, actualmente, la tecnología más avanzada y de futuro para los sistemas de calefacción españoles [...] su limpieza unida a su función ecológica *le* convierte en el principal combustible de futuro [*La Gaceta*, 20/12/04, p. 15]
- (10) pero a mí me parece que hay hechos / que son hechos / e: / que los enfoques / e: / serán: más o menos / e: flexibles / pero que las situaciones están ahí / y esos hechos / también: / (en)tonces / no se *les* puede lavar / no se les puede dar la vuelta / no se *les* puede / e: / e: / m: incluso / BORRAR / como ha ocurrido / y s- y está ocurriendo / en la memoria histórica [Cadena SER, 30/05/03, 19:25]

En este último observamos cómo el *se* impersonal crea un contexto en que el objeto cliticizado queda como única entidad prominente de la escena, lo que puede haber propiciado el recurso a la forma de dativo. Algo similar se podría decir de (9): el objeto *la biomasa* parece aquí más prominente que el sujeto *su limpieza*¹². Todo ello enlaza con el tercer factor que vamos a considerar.

c) Cuando el evento descrito por el verbo comporta un menor flujo de energía entre el sujeto y el objeto, o en general cuando este resulta más prominente en el contexto que aquel. Los ejemplos siguientes nos muestran cláusulas con sujeto inanimado y objeto humano, en que la mayor prominencia de este potencia el uso del dativo.

- (11) Además, creen que tampoco *les* ha beneficiado que las tiendas hayan abierto el fin de semana. [*El Adelanto*, 22/12/03, p. 14]
- (12) Marta Zurro, que fichó por el conjunto charro hace tres temporadas, aunque no disfrutó de muchos minutos por culpa de una rotura de ligamentos que *le* mantuvo fuera de las pistas más de seis meses. [*El Adelanto*, 3/12/04, p. 69]

Por el contrario, cuando el clítico de tercera persona coaparece con otro de primera o segunda, su menor saliencia hace prácticamente categórico el acusativo.

- (13) Conocí a Mariano hace más de 30 años cuando mi cuñada María Eugenia me *lo* presentó en una visita a Miranda del Castañar [*La Gaceta*, 3/11/04, p. 6]

Por lo tanto, el empleo de *le, les* como marca de concordancia, frente a los clíticos de acusativo, señala de nuevo una mayor cercanía del referente a los caracteres nocionales típicos de los sujetos.

4.3. La posición de los clíticos en las estructuras pluriverbales

Otro fenómeno relacionado con los clíticos verbales que a priori se presta al análisis como variable gramatical (cf. Torres Cacoullós 1999, Aijón Oliva 2007) es la posibilidad de colocarlos en más de una posición cuando acompañan a diversas construcciones pluriverbales (perífrasis verbales, estructuras modales y verbos que rigen subordinadas de infinitivo). El clítico puede abandonar el verbo no finito a cuya estructura argumental pertenece su objeto correferencial y *subir*, esto es, adjuntarse al verbo conjugado.

(14) Estaba buscándote / *Te* estaba buscando

(15) No queremos comprarla / No *la* queremos comprar

En primer lugar, la facilidad para la proclisis o anteposición depende en buena medida del grado de gramaticalización de la construcción, por lo que resulta más frecuente con las perífrasis propiamente dichas y menos con los verbos regentes de subordinadas. Pero, junto a este factor de índole más bien mecánica (aunque no carente de implicaciones semánticas), hay otros que subrayan valores perceptivos análogos a los mencionados para los otros fenómenos. La proclisis es más frecuente:

a) Cuando el referente del clítico es humano, más que cuando es inanimado.

(16) Felipe Miñambre:s: / es:tá dándole vueltas a la cabeza porque [...] *le* está fallando algún que otro: m: / engranaje *le* está fallando algún que otro: / tornillo [Cadena SER, 21/5/04, 15:50]

b) Cuando es información conocida en el discurso, y en particular cuando se ha mencionado inmediatamente antes y constituye el tema de la cláusula en cuestión.

(17) Tengo la esperanza de que esta zona *la* acaben de arreglar pronto [La Gaceta, 22/11/04, p. 14]

(18) en fin yo creo que ese gasto *lo* podía dedicar por ejemplo / para la bolsa de resistencia de las familias [Cadena Cope, 23/5/03, 13:20]

En relación con este punto y con el anterior, cabe destacar que los clíticos de primera y de segunda persona se anteponen más a menudo que los de tercera.

(19) para hablar de consumo tenemos: / todo el año *y:* estamos haciéndolo durante todo el año en las conferencias que damos *y:* charlas / *y:* / por una vez vamos a aparcarlo / vamos a aparcarlo y nos al:- / *nos* vamos a olvidar del consumo [Cadena SER, 23/9/03, 12:40]

c) Cuando el evento descrito por el verbo comporta un menor flujo de energía entre el sujeto y el objeto, o cuando este resulta más prominente en el contexto que aquel. En los siguientes ejemplos, el referente del clítico es de hecho el único protagonista de la

escena, al ser inespecífico el sujeto:

- (20) no le pasa como a Juanes que yo no sé qué problemas tiene con el móvil o que no *le* quieren coger el teléfono [Cadena Dial, 20/5/03, 12:25]
- (21) Sabe que cualquier día *lo* pueden parar, pedir los papeles y entonces, ¿qué será de él? [La Gaceta, 22/12/03, p. 17]

También en este caso, pues, cabe concluir que los clíticos que se anteponen con mayor frecuencia a las estructuras pluriverbales son aquellos cuyos referentes se perciben como más relevantes o prominentes en el discurso. La proclisis podría entenderse, de hecho, como una forma icónica de asimilar dichos referentes a los sujetos sintácticos, cuya posición menos marcada es la preverbal.

Como resumen y confirmación de todo lo expuesto, en el siguiente cuadro reflejamos los datos cuantitativos obtenidos por las tres variantes sintácticas que según parece, comunican una mayor prominencia cognitiva de los referentes, con respecto a un factor semántico (el carácter humano / no humano) y a uno discursivo (el carácter temático / remático en un contexto determinado). Se observa que en todos los casos existe correlación, a veces muy notoria, entre la humanidad y la tematicidad del referente y la aparición de dichas variantes.

Cuadro 1. *Variación según factores semánticos y discursivos*
(Aijón Oliva 2006a: passim)

<i>Variante</i>	<i>Referente humano</i>	<i>Referente no humano</i>	<i>Referente temático</i>	<i>Referente remático</i>
Presencia del clítico no obligatorio	126/335 (37.6%)	54/302 (17.9%)	18/29 (62.1%)	162/608 (26.6%)
Uso de la forma <i>le(s)</i> en contexto de CD	165/273 (60.4%)	— ¹³	100/154 (64.9%)	65/119 (54.6%)
Anteposición del clítico en perífrasis	50/78 (64.1%)	102/181 (56.4%)	69/97 (71.1%)	76/151 (50.3%)

5. La proyección socioestilística de la morfosintaxis

Una vez analizadas las principales implicaciones significativas de la variación interna, corresponde indagar sobre otra de las principales hipótesis de este trabajo: la de que la frecuente covariación de los fenómenos gramaticales con aspectos sociales y estilísticos no es azarosa, ni responde sólo a preferencias simbólicas por parte de los grupos sociales, sino que, de hecho, se trata de elementos de *estilo*, que poseen capacidad para crear significados en toda interacción humana; y que esta capacidad posee relación con sus propios valores y significados en el plano cognitivo, como los señalados en el apartado anterior. Veamos ahora qué podemos deducir de las pautas de variación exter-

na de los fenómenos analizados.

5.1. La variación asociada a la situación comunicativa. Distribución cuantitativa y valores interactivos

El análisis cuantitativo (Aijón Oliva 2006a: *passim*) demuestra que, para las tres variables analizadas, las variantes que suponen una mayor prominencia sintáctica, semántica y discursivo-perceptiva del referente (esto es, la aparición del clítico de concordancia, el uso de las formas de dativo y la anteposición en las estructuras pluriverbales) tienden a ser más frecuentes en las situaciones de comunicación que de modo general se caracterizarían como *informales*, y en las que suelen darse circunstancias como el canal oral, la solidaridad y la equivalencia de roles entre los participantes, el predominio de la función interactiva, la presencia de temas cotidianos, etc. En la citada investigación se adoptó un concepto operativo de *formalidad* como continuo basado en la preferencia de un género textual por las variantes lingüísticas dotadas de prestigio en una comunidad, o bien por las opuestas.¹⁴ La mayor o menor formalidad suele recubrir aspectos interactivos más concretos, como la tendencia a la función informativa o bien al desarrollo de lo interpersonal, el mayor o menor grado de planificación textual, el predominio de la autocontextualización frente a la deixis situacional, etc.¹⁵ De este modo se puede diseñar la siguiente distribución de géneros en el corpus oral y escrito:

Cuadro 2. Géneros orales y escritos según su formalidad

<i>Géneros</i>	<i>Formales</i>	<i>Intermedios</i>	<i>Informales</i>
<i>Escritos</i>	Noticia Reportaje	Artículo de opinión Carta al director Entrevista	—
<i>Orales</i>	Informativo	Anuncio Programa de variedades	Programa deportivo Programa musical

Así, por ejemplo, en las conversaciones de los programas deportivos abundan las concordancias clíticas no obligatorias (21); en cambio, en los programas informativos se prefiere la ausencia del clítico (22):

- (22) cada uno *le da*:: / a: su vida: el: / cariz: / y el matiz / que le dé la gana darle [...] ¡bueno! pues esto *le da* / vidilla / sin duda alguna / al: deporte ¿verdá:? [Cadena SER, 21/5/04, 15:20/15:35]
- (23) la ayuda que Eroski Ø ofrece a Cáritas / se concreta en treinta huchas [...] otra de las organizaciones salmantinas que Ø presta: / su ayuda a los más desfavorecidos: / es la Casa de los Pobres [...] además Ø ha ofrecido aYUda a centenares de familias / en situación de: marginación [Punto Radio, 17/12/04, 13:50]

He aquí los resultados cuantitativos de las variantes que suponen mayor prominencia perceptiva, en los tres tipos de géneros discursivos considerados:

Cuadro 3. *Variación según la formalidad del género textual*
(Aijón Oliva 2006a: passim)

<i>Variante</i>	<i>Géneros formales</i>	<i>Géneros intermedios</i>	<i>Géneros informales</i>
Presencia del clítico no obligatorio	18/234 (7.7%)	106/296 (35.8%)	18/29 (62.1%)
Uso de <i>le(s)</i> en contexto de CD	55/75 (73.3%)	61/117 (52.1%)	14/28 (50%)
Anteposición del clítico en perífrasis	16/30 (53.3%)	196/326 (60.1%)	117/141 (83%)

Nótese que el uso del dativo *le(s)* obtiene resultados parcialmente contrarios a los esperados, ya que, frente a las otras variantes que efuerzan la prominencia cognitiva, es más frecuente en los géneros formales que en los otros dos tipos. En este caso, es posible que haya que tener en cuenta otro factor al que ya nos hemos referido: el diverso *prestigio* que poseen las variantes en la comunidad. El análisis de Aijón Oliva (2006a: cap. 7, §4.2.2.) da a entender que en Salamanca se tiende a percibir *le(s)* como más prestigioso que las formas de acusativo, por lo que predomina en el habla de los periodistas y en los citados géneros formales.¹⁶

Por supuesto, cabe preguntarse si existe una razón por la que las variantes que transmiten ciertos significados se dan más a menudo en determinadas situaciones de comunicación. No basta con afirmar, como ya hemos hecho, que hay ciertas variantes dotadas de prestigio, preferidas por los hablantes de nivel sociocultural elevado y que se consideran más adecuadas para las interacciones formales, ya que entonces habría que explicar cómo se ha llegado a esta situación, y en muchos casos se caería en argumentos circulares: si poseen prestigio es, precisamente, porque se han asociado tradicionalmente a lo culto, a lo formal, etc. Recalquemos, además, que no estamos hablando de meras formas equivalentes, sino de formas que conllevan significados distintos.

En primer lugar, quizá el hecho en sí no sea tan sorprendente si tenemos en cuenta algo tan obvio como el que en situaciones distintas se tiende a hablar de cosas distintas; los caracteres funcionales, temáticos y sociales de las interacciones humanas sin duda potencian el desarrollo de distintos estilos, esto es, de diversas formas de crear significado. Desde este punto de vista, lo que resulta poco motivado es la posición contraria: el interés por analizar variantes que supuestamente signifiquen *lo mismo*, en la creencia de que ello permitirá observar sin interferencias la acción de los factores extralingüísticos. Geeraerts (en prensa), al abordar la variación en el nivel léxico, distingue entre *variación onomasiológica formal* (la elección entre sinónimos supuestamente *perfectos*) y *variación onomasiológica conceptual* (las elecciones que conllevan diferencias semánticas). En nuestra opinión, tal distinción manifiesta el peso de una tradición variacionista excesivamente preocupada por la búsqueda de la sinonimia, y que se ve fácilmente superada por un enfoque que maneja nociones cognitivistas. Aunque quizá parezca arriesgado negar categóricamente la posibilidad de que existan formas (léxicas, morfosintácticas o discursivas) perfectamente sinónimas, apenas nos cabe duda de que el segundo tipo de variación es el habitual en las lenguas y de que, desde luego, su estudio

puede resultar mucho más interesante para la ciencia lingüística. Las formas que varían según la situación suelen comportar significados diferentes, y esto, en lugar de suponer un problema metodológico como se ha creído tradicionalmente, puede ser precisamente la explicación de sus pautas de variabilidad.¹⁷

Ahora bien, profundizando en los fenómenos que nos ocupan y en los valores cognitivos que parecen recubrir, sería necesario indagar en las razones de su distribución situacional. En primer lugar, el análisis cualitativo de numerosos ejemplos indica que las variantes que reducen la afectación semántica del objeto sintáctico, y con ello la transitividad de la cláusula, sugieren en el plano pragmático una menor literalidad o fuerza expresiva del contenido aseverado. Esto podría explicar, en parte, su mayor tendencia a aparecer en textos y situaciones *informales*, así como la posibilidad de utilizarlas para rebajar la seriedad de un asunto. En los siguientes ejemplos vemos anteposiciones de clíticos en contextos conversacionales de tono lúdico (23) o en los que se intenta disminuir la gravedad de un asunto, en este caso una epidemia de gripe (24):

- (24) <MAG> a mí es una auténtica pena que no me hayan invitao [a la boda real] / <EB> [risas] sí / te van a invitar a ti [Cadena SER, 21/5/04, 15:55]
- (25) nos tenemos que tomar las cosas con tranquilidad / porque si no sólo: / que de sustos ya: no:s:- / [risas] nos podemos morir [...] si [el virus] muta / ya dicen muchos laboratorios que tendrían que fabricar una: vacuna nueva / y entonces nos tendríamos que vacunar de la nueva / pero todo esto es f:uturible: [Cadena SER, 23/9/03, 13:15]

Por el contrario, la posposición de los clíticos, que refuerza la transitividad o el flujo de energía de la cláusula, es típica en contextos en que se pretende reforzar una afirmación o exhortación, como en estos dos casos de la construcción modal *tener que* + infinitivo:

- (26) Salamanca: / como todos sabemos es la: ciudad: universitaria más importante de / de España desde mi punto de vista / y: tenemos que mantenerlo [Punto Radio, 28/12/04, 12:35]
- (27) Para poder triunfar tienes que tener claro que tienes que jugarte la vida literalmente y además sin darte importancia [La Gaceta, 7/4/04, p. 33]

Asimismo, el uso de clíticos de acusativo frente a *le, les* en las dos intervenciones siguientes puede transmitir mayor fuerza aseverativa, al subrayar la afectación semántica de los referentes, el perjuicio que han sufrido:

- (28) porque vemos que se vende droga / y sabemos de sobra dónde se vende / y las autoridades no hacen nada / ayer por ejemplo a un compañero de mis hijas a las cinco de la tarde lo asaltaron / y nadie hizo nada [Cadena SER, 21/12/04, 13:55]
- (29) ¿qué va a pasar con los empleos? // NADIE / se ha preocupao / y hay personas que llevan treinta años / trabajando ahí y treinta y tantos años / y los han echao a la calle [Cadena SER, 21/12/04, 13:50]

Junto a todo ello, las variables morfosintácticas pueden integrarse en el conjunto de los recursos estilísticos que utilizan los hablantes para configurar sus propias identida-

des o imágenes en la interacción, aspecto que constituye el principal interés de las investigaciones actuales sobre la variación estilística (cf. Eckert 2000, Schilling-Estes 2002, Coupland 2007, Auer ed. 2007). Así, un político local, en víspera de las elecciones, utiliza las variantes de mayor fuerza pragmática, como la enclisis, cuando está subrayando la credibilidad de su partido:

- (30) pensamos que somos gente:- gente de fiar / e: gente / creíble / e: gente que tiene credibilidá / porque lo que: decimos e: cuatro años antes / pues solemos cumplir-lo [Cadena Cope, 23/5/03, 12:45]

Seguidamente, cuando hace referencia a sus compromisos incumplidos y adopta una actitud de modestia para solicitar el voto, aparecen dos casos de proclisis:

- (31) seis: / de las medidas que habíamos propuesto / no habíamos podido cumplir y hemos explicado también por qué no *las* hemos podido cumplir [...] y vimos / vimos que el balance / era un buen balance / (en)to(nc)es a partir de ahí nos atrevíamos / a proponer a los salmantinos que *nos* sigan apoyando [*ibidem*]

Estos valores estilísticos, cuando se proyectan en el interlocutor y en otras personas discursivas, dotan a las variables analizadas de capacidad para actuar como recursos de cortesía y descortesía verbal (cf. Aijón Oliva 2006b). Cuando se desea dignificar a un referente humano en el discurso, se tiende a emplear las variantes que realzan su prominencia perceptiva; lo contrario ocurre cuando se pretende atacar o subestimar a dicho referente. El ejemplo más evidente es el *leísmo de cortesía* o uso generalizado de *le, les* cuando el referente es *usted, ustedes* (31); pero también se detecta esta estrategia con referentes de tercera persona propiamente dicha: en (32) vemos cómo la asociación de los clíticos de dativo con lo humano sirve para dignificar la imagen de los animales:

- (32) ya saben que todos los días tenemos la misma intención / informarles / si es posible al mismo tiempo entretenerles [Cadena Cope, 23/5/03, 12:30]
- (33) la persona que desea adquirir un cachorro tiene que plantearse si realmente está dispuesto [*sic*] a cuidarlo durante todo ese tiempo, así como a educarle, pasearle lo necesario, alimentarle y encargarse de mantener su salud. [*El Adelanto*, 7/12/04, p. 12]

Del mismo modo, el uso de la concordancia clítica no obligatoria (33), así como la anteposición de los clíticos en las estructuras pluriverbales (34), son frecuentes en contextos de *actos de amenaza a la imagen* (cf. Brown y Levinson 1987), como las peticiones (véase también el ejemplo 30 anterior); probablemente, al reducir la transitividad de la cláusula, contribuyen a relajar la imposición que por sí mismos suponen estos actos:

- (34) *le* voy a pedi:r / que sea tan amable de: continuar con nosotros: / a:l / Concejal: / de Patrimonio del Consistorio salmantino Francisco Morales [...] Francisco Morales: al que: *le* pedimos por favor que continuara unos minutitos más [Onda Cero, 8/1/04, 13:00/13:05]
- (35) si le pidiéramos ahora en:carecidamente / m: m:: en fin / m con todas nuestras fuerzas / que: / comparezca aquí [...] porque yo no sé cómo tendrá la agenda para el lunes pero a lo mejor nos hemos anticipa:do y *nos* tiene que decir “bueno /

pues-” [Cadena Cope, 23/5/03, 12:55]

En el siguiente cuadro observamos cómo todas las variantes que comunican una mayor saliencia de la entidad referente son más frecuentes en los contextos en que se detecta una estrategia de dignificación de su imagen:

Cuadro 4. *Variación según la estrategia de cortesía o descortesía (Aijón Oliva 2006b)*

<i>Variante</i>	<i>Estrategia de dignificación</i>	<i>Estrategia de peyoración</i>
Presencia del clítico no obligatorio	59/111 (53.2%)	16/40 (40%)
Uso de <i>le(s)</i> en contexto de CD	85/122 (69.7%)	18/31 (58.1%)
Anteposición del clítico en perífrasis	53/79 (67.1%)	13/24 (54.2%)

De todo lo expuesto cabe deducir que en las situaciones *informales*, en particular las conversacionales espontáneas, los sujetos humanos adquieren especial protagonismo y prima el desarrollo de las relaciones interpersonales frente a la transmisión de información, más típica de la comunicación escrita y planificada. Ello puede explicar el predominio, en aquellas situaciones, de las variantes morfosintácticas cuyos significados se asocian a los referentes humanos y de mayor prominencia cognitiva.

En definitiva, consideramos que los valores estilísticos de los fenómenos morfosintácticos (tanto sus distribuciones cuantitativas según situaciones y géneros textuales como sus potencialidades interactivas) no son arbitrarios ni independientes de lo lingüístico, sino que pueden integrarse en el marco teórico explicativo que proporciona el análisis de su variación interna y de los significados discursivo-cognitivos que esta recubre. A la inversa, es obvio que las construcciones gramaticales carecen de verdadero significado fuera de un contexto comunicativo. No tiene sentido un estudio de la morfosintaxis y el discurso que los contemple como mera estructura y que olvide que, por encima de todo, son instrumentos para la interacción en sociedad (cf. Serrano 2006).¹⁸

Tampoco debe perderse de vista que lo que define los estilos comunicativos no son las ocurrencias aisladas de ciertos rasgos formales, sino la coaparición regular y significativa de diversas variantes con significados análogos y que constituyan modos de organización discursiva reconocibles e interpretables. Seguramente, ninguno de los fenómenos aquí analizados posee por sí mismo la prominencia suficiente para definir un estilo, y ni siquiera para transmitir nítidamente las percepciones y significados que les hemos atribuido; pero sí pueden lograr estos objetivos en un contexto discursivo más amplio que subraye y potencie sus valores comunicativos. Por lo tanto, un análisis en profundidad del estilo lingüístico deberá integrar la mayor cantidad posible de fenómenos, morfosintácticos y de otros niveles, e indagar sobre los valores de significado que subyacen a la coaparición de variantes.

5.2. La variación y los grupos sociales

Hasta el momento nos hemos referido principalmente a la variación situacional de los fenómenos morfosintácticos analizados, pero cabe hacer referencia también a su distribución según los grupos sociales a los que pertenecen los hablantes. En cierto modo, ello constituirá una concesión a la habitual separación de los planos social y estilístico efectuada por el variacionismo, si bien las actuales teorías sobre el estilo lingüístico (cf. Coupland 2001, 2007) enfatizan el hecho de que los dialectos y los sociolectos son también, en gran medida, una cuestión de estilo y situación: en cada marco interactivo, el hablante elige destacar ciertos aspectos de su origen, de sus afiliaciones, de su educación y su profesión, etc., que percibe como ventajosos para lograr sus objetivos interactivos.¹⁹

Aunque en el corpus utilizado, dadas sus especiales características, no se clasificó a los hablantes según factores como la clase social o la edad, habituales en el análisis sociolingüístico, sí se tuvieron en cuenta otros relevantes para la comunicación de masas, y en particular la actividad profesional, entendida sobre todo como *grado de orientación profesional a las actividades de carácter público*. Ello permitió observar, por ejemplo, que los periodistas, cuyo trabajo consiste precisamente en la comunicación de cara al público, mostraban en general frecuencias más altas de las variantes consideradas formales y prestigiosas; en el otro extremo se situaban los ciudadanos anónimos que intervienen ocasionalmente en espacios de participación ciudadana (como las cartas al director o las secciones de comentarios y quejas en la radio), que empleaban más a menudo las alternativas asociadas a lo informal.

Estos resultados parecen apoyar la hipótesis desarrollada por Finegan y Biber (2001), según la cual la variación situacional precedería teóricamente a la social: si los diversos grupos de una comunidad manifiestan valores cuantitativamente diferentes de las variantes es, sobre todo, por la distinta frecuencia con que participan en determinados tipos de actividades e interacciones, cuyos rasgos lingüísticos típicos acabarían constituyendo su propio vernáculo. Los autores reconocen que tal hipótesis podría resultar polémica, dado que parece evocar la teoría del déficit de Bernstein (1964). Pero, si se contempla desde un punto de vista rigurosamente científico y no valorativo (subrayando, además, que las diferencias entre grupos son generalmente cuantitativas, y no cualitativas), puede suponer precisamente lo contrario: una afirmación del carácter netamente interactivo del lenguaje y de la autonomía del hablante como creador en la interacción. Redundaría, desde luego, en nuestra afirmación de que los objetivos comunicativos del hablante en cada situación están, generalmente, por encima de los condicionamientos que le imponen su origen y su extracción social.

6. Conclusiones

Dado el estado actual de las investigaciones sobre la variación morfosintáctica y discursiva, es obvio que no cabe seguir restringiendo el análisis a grupos de formas supuestamente sinónimas que no lo son realmente, ni mucho menos limitarse a mostrar sus covariaciones con ciertos factores internos, sociales o estilísticos predefinidos, sin indagar si existe un fundamento teórico que dé sentido a estas covariaciones. En situaciones comunicativas distintas no sólo se usan formas distintas de significado equivalente, pero con diferente evaluación social (como ha mostrado la sociolingüística con respecto a los fenómenos del nivel fónico), sino que también se emplean formas distintas de significado distinto; y esto es, de hecho, lo habitual cuando estudiamos cualquier

nivel superior al fonético-fonológico. Los hallazgos presentados ponen en cuestión los fundamentos mismos del enfoque sociolingüístico variacionista y su tradicional concepto de sinonimia. Frente a esta visión, la lingüística cognitiva sostiene que la gramática es inseparable del significado que expresa, y que toda alteración formal conlleva una alteración significativa; por esta razón, consideramos que este paradigma teórico es el indicado para dotar de base explicativa a un nuevo enfoque sociolingüístico de la variación como el que proponemos aquí.

Ello supone aceptar que la variación del lenguaje según las características de la interacción no puede ser sólo una cuestión de forma, sino también de función y significado; no puede ser mera respuesta a estímulos del mundo exterior y elección entre posibilidades equivalentes, sino que es una creación activa de ese mundo. Teniendo esto en cuenta, la pregunta que cabe plantearse es por qué una variante que transmite cierto valor discursivo-cognitivo tiende a darse con mayor frecuencia en ciertas situaciones comunicativas, y por extensión en los grupos sociales que participan más habitualmente en ellas. En este trabajo hemos observado que los significados pragmáticos y discursivos que expresan las alternativas sintácticas tienden a ser más habituales en determinados contextos interactivos dependiendo de las necesidades y convenciones impuestas por la situación y el género discursivo, pero también, y especialmente, de los objetivos que los participantes consideran más relevantes en cada caso.

Por otra parte, es cuestionable la idea de que las variantes gramaticales sean elementos que pueden analizarse aisladamente y que constituyen simples variaciones formales, potenciadas por factores preexistentes a ellas. Un enfoque así difícilmente puede rebasar lo anecdótico. Las variantes no son un efecto de las circunstancias lingüísticas y sociales que las rodean, sino que, en unión con dichas circunstancias, sirven para construir activamente significados representativos, pragmático-discursivos, socioestilísticos y cognitivos. Es imprescindible, por lo tanto, la sustitución del enfoque primordialmente estructural y conductista del variacionismo por una perspectiva basada en la creatividad comunicativa del hablante, que remita en último término a la cognición como base explicativa. La variación morfosintáctica, en cuyo análisis confluyen consideraciones relativas a todos los niveles de análisis intra y extralingüístico, se revela como el ámbito idóneo para iniciar esta tarea.

Referencias bibliográficas

- Aijón Oliva, M. A. (2006a) *Variación morfosintáctica e interacción social: Análisis del paradigma de los clíticos verbales españoles en los medios de comunicación*. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca.
- Aijón Oliva, M. A. (2006b) La variación morfosintáctica como recurso de cortesía: acerca del paradigma de los clíticos españoles. *Lingüística Española Actual* 28: 221--246.
- Aijón Oliva, M. A. (2007) Los clíticos en las perífrasis de infinitivo y gerundio: algunos aspectos de variación situacional. En M. Villayandre (ed.) *Actas del VI Congreso de Lingüística General* 3599--3610. Madrid: Arco Libros.
- Aijón Oliva, M. A. (2008) Elección lingüística y situación comunicativa: un dilema teórico. *Revista de Filología de la Universidad de La Laguna* 26: 9--20.
- Auer, P. (ed., 2007) *Style and Social Identities. Alternative Approaches to Linguistic Heterogeneity*. Berlin / New York: Mouton de Gruyter.
- Barlow, M. y Kemer, S. (eds, 2000) *Usage-based Models of Language*. Stanford: CSLI Publications.

- Bernstein, B. (1964) Elaborated and restricted codes. Their social origins and some consequences. *American Anthropologist* 66: 55--69.
- Biber, D. (1988) *Variation across Speech and Writing*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Bresnan, J. y Hay, J. (2008) Gradient grammar: An effect of animacy on the syntax of *give* in New Zealand and American English. *Lingua* 118: 245--259.
- Brown, P. y Levinson, S. C. (1987) *Politeness. Some Universals in Language Use*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Casad, E. H. (1996) (ed.) *Cognitive Linguistics in the Redwood. The Expansion of a New Paradigm in Linguistics*. Berlin: Mouton de Gruyter.
- Chambers, J. K. (2003) *Sociolinguistic Theory*. Oxford: Blackwell, 2ª ed.
- Cifuentes Honrubia, J.L. (1994) *Gramática cognitiva. Fundamentos críticos*. Madrid: Eudema.
- Coupland, N. (2001b) Language, situation, and the relational self: Theorizing dialect-style in sociolinguistics. En P. Eckert y J. R. Rickford (eds): 185--210.
- Coupland, N. (2007) *Style: Language Variation and Identity*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Cuenca, M. J. y J. Hilferty (1999) *Introducción a la lingüística cognitiva*. Barcelona: Ariel.
- Croft, W. y Cruse, D. A. (2008[2004]) *Lingüística cognitiva*. Madrid: Akal Cambridge.
- Dirven, R. (2005) Major strands in cognitive linguistics. En F. Ruiz de Mendoza Ibáñez y M. S. Peña Cervel (eds): 17--67.
- Eckert, P. (2000) *Linguistic Variation as Social Practice*. Oxford: Blackwell.
- Eckert, P. (2001) Style and social meaning. En P. Eckert y J. R. Rickford (eds): 119--126.
- Eckert, P. y Rickford, J. R. (eds, 2001) *Style and Sociolinguistic Variation*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Finegan, E. y Biber, D. (2001) Register variation and social dialect variation: The register axiom. En P. Eckert y J. R. Rickford (eds): 235--267.
- Geeraerts, D. (2005) Lectal variation and empirical data in cognitive linguistics. En F. Ruiz de Mendoza Ibáñez y M. S. Peña Cervel (eds): 163--189.
- Geeraerts, D. (2006) Methodology in cognitive linguistics. En G. Kristiansen et al. (eds): 21--49.
- Geeraerts, D. (en prensa) Lexical variation in space.
- Geeraerts, D. y Cuyckens, H. (eds, 2007) *The Oxford Handbook of Cognitive Linguistics*. Oxford: Oxford University Press.
- Gibbs, R. W. (1996) What's cognitive about cognitive linguistics. En E. H. Casad (ed.): 27--53.
- Gibbs, R. W. (2006) Why cognitive linguistics should care more about empirical methods. En M. González Márquez et al. (eds): 1--17.
- Giddens, A. (1991) *Modernity and Self-identity: Self and Society in the Late Modern Age*. Cambridge: Polity Press.
- Givón, T. (1990) *Syntax: A Functional-Typological Introduction*, vol. II. Amsterdam / Philadelphia: John Benjamins.
- González Márquez, M. et al. (eds, 2006) *Methods in Cognitive Linguistics*. Amsterdam: John Benjamins.
- Gries, Stefan Th. y A. Stefanowitsch .2004. Extending collocation analysis: a corpus-based perspectives on alternations. *International Journal of Corpus Linguistics* 9, 1,97--129.
- Grondelaers, S., D. Speelman and D. Geeraerts .2008. National Variation in the Use of

- er “there”. Regional and Diachronic Constraints on Cognitive Explanations. En G. Kristiansen et al. (eds): 145--203.
- Gumperz, J. J. (1982) *Discourse Strategies*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Gumperz, J. J. y Cook-Gumperz, J. (2007) A postscript: Style and identity in interactional sociolinguistics. En P. Auer (ed.): 477--502.
- Heine, B. (1997) *Cognitive Foundations of Grammar*. Oxford University Press.
- Hymes, D. (1974) *Foundations in Sociolinguistics: An Ethnographic Approach*. Philadelphia: University of Pennsylvania Press.
- Irvine, J. (2001) Style as distinctiveness: The culture and ideology of linguistic differentiation. En P. Eckert y J. R. Rickford (eds): 21--43.
- Itkonen, E. (2003) *What Is Language? A Study in the Philosophy of Linguistics*. Turku: Abo Akademics Tryckeri.
- Johnson, M. (1987) *The Body in the Mind: the Bodily Basis of Meaning, Imagination and Reason*. Chicago: University Press.
- Kristiansen, G. (2008) Style-shifting and shifting styles: a socio-cognitive approach to lectal variation. En G. Kristiansen y R. Dirven (eds.): 45--88.
- Kristiansen, G. et al. (2006) Cognitive linguistics: Current applications and future perspectives. En G. Kristiansen et al. (eds): 1--17.
- Kristiansen, G. et al. (eds, 2006) *Cognitive Linguistics: Current Applications and Future Perspectives*. Berlin: Mouton de Gruyter.
- Kristiansen, G. y Dirven, R. (eds, 2008) *Cognitive Sociolinguistics*. Berlin: Mouton de Gruyter.
- Labov, W. (1963) The social motivation of a sound change. *Word* 19: 273--309.
- Labov, W. (1966) *The Social Stratification of English in New York City*. Washington DC: Center for Applied Linguistics.
- Labov, W. (1978) Where does the linguistic variable stop? A response to Beatriz Lavandera *Sociolinguistic Working Papers* 44. Austin, Texas.
- Labov, W. (1983) *Modelos sociolingüísticos*. Madrid: Cátedra.
- Lakoff, G. y M. Johnson (1999) *Philosophy in the Flesh: the Embodied Mind and its Challenge to Western Thought*. New York: Basic Books.
- Langacker, R. W. (1991) *Foundations of Cognitive Grammar*, vol. II: *Descriptive Application*. Stanford: Stanford University Press.
- Langacker, R.W. (1993) Reference-point constructions. *Cognitive Linguistics* 4: 1--38.
- Langacker, R. W. (1999) Assessing the cognitive linguistic enterprise. En T. Janssen y G. Redeker (eds) *Cognitive Linguistics: Foundations, Scope, and Methodology* 13--59. Berlin: Mouton de Gruyter.
- Lavandera, B. R. (1978) Where does the sociolinguistic variable stop? *Language in Society* 7: 171--182.
- Lavandera, B. (1984) *Variación y significado*. Buenos Aires: Hachette.
- Romaine, S. (1984) On the problem of syntactic variation and pragmatic meaning in sociolinguistic theory. *Folia Linguistica* 18: 409--437.
- Ruiz de Mendoza Ibáñez, F. y Peña Cervel, M. S. (2005) Introduction. En F. Ruiz de Mendoza Ibáñez y M. S. Peña Cervel (eds): 2--13.
- Ruiz de Mendoza Ibáñez, F. y Peña Cervel, M. S. (eds, 2005) *Cognitive Linguistics. Internal Dynamics and Interdisciplinary Interaction*. Berlin: Mouton de Gruyter.
- Schilling-Estes, N. (2002) Investigating stylistic variation. En J. K. Chambers et al. (eds) *The Handbook of Language Variation and Change* 375--401. Oxford: Blackwell.
- Serrano, M. J. (1994) *La variación sintáctica: formas verbales del periodo hipotético en español*. Madrid: Entinema.

- Serrano, M. J. (2006) Acción e interacción social en variación sintáctica y discursivo-pragmática. En J. L. Blas Arroyo et al. (eds) *Discurso y sociedad: Contribuciones al estudio de la lengua en contexto social* 121--140. Castellón: Universitat Jaume I.
- Serrano, M. J. (2007) Historia que ya es historia: evolución y actualidad del concepto y la metodología de la variación sintáctica. *Boletín de Lingüística* 19: 102--127.
- Serrano, M. J. (2009) Cronología del estudio de la variación sintáctica en español: pasado y presente. *Revista de Filología de la Universidad de La Laguna* 27:155--170.
- Serrano, M. J. (2010a) El continuo sintaxis-discurso-pragmática en el estudio de la variación. *Neuphilologische Mitteilungen*. (en prensa).
- Serrano, M. J. (2010b) *Sociolingüística*. (en prensa).
- Silva-Corvalán, C. (2001) *Sociolingüística y pragmática del español*. Washington DC: Georgetown University Press.
- Talmy, L. (2000) *Toward a Cognitive Semantics*. Cambridge: MIT Press.
- Torres Cacoullos, R. (1999) Construction frequency and reductive change: Diachronic and register variation in Spanish clitic climbing. *Language Variation and Change* 11: 143--170.
- Williams, G. (1992) *Sociolinguistics: a Sociological Critique*. London: Routledge.

¹ Según Labov (1983:338), 'Las variantes son iguales en cuanto a su valor de verdad, pero difieren solamente en cuanto a su valor social y/o estilístico'.

² El concepto y la metodología de la variación no fonológica, y especialmente de la sintáctica, han ido experimentado una transformación muy significativa. En los años ochenta y principios de los noventa, se observa un gran apego a la metodología del nivel fonológico y una preocupación excesiva por la creación y la consideración de variantes a la manera de este, así como un interés desmesurado por buscar la sinonimia o la equivalencia referencial. Todo ello va acompañado de un interés casi exclusivo por los aspectos meramente cuantitativos de la variación. A finales de los noventa y en la década actual se detecta una atención creciente a la incorporación de elementos cualitativos, como los discursivos y pragmáticos. Ello responde a las peculiares características de este plano lingüístico, que, por definición, presenta conexiones con el discurso, la pragmática y el estilo comunicativo que no pueden pasarse por alto.

³ Williams (1992) señala que la sociolingüística de la variación o laboviana tiende a agrupar a los individuos como si fueran *actores racionales* que se comportan de manera idéntica en todas las situaciones lingüísticas.

⁴ Por otra parte, si la variación es algo omnipresente en el entorno lingüístico en que construimos nuestro proceso de adquisición, no es descabellado suponer que la propia competencia lingüística y comunicativa incorporará un componente variable fundamental (Bresnan y Hay 2008).

⁵ Para Coupland, el aspecto más relevante del estilo es que puede ser traducido en un *significado social* que conlleva cuestiones culturales, personales e históricas que a la vez pueden dar lugar a otros significados, lo cual lo aleja de la *evaluación social* clásicamente variacionista. Así pues, no se puede seguir sosteniendo que las variantes lingüísticas deban ser equivalentes lingüísticamente pero socialmente significativas, ya que toda variación implica no sólo cierta distribución numérica, sino también un significado social derivado de la conjunción de elementos sociales y lingüísticos (2007:19, 88).

⁶ De hecho, el estilo en el variacionismo es una cuestión secundaria y subsidiaria con respecto a la estratificación social y se trata, además, de una dimensión limitada y tenida en cuenta solamente como periférica (Coupland 2007:9). Chambers (2003:6) señala que el estilo es una variable lingüística más, pero nunca ha sido el interés central de la lingüística de la variación.

⁷ Subraya que, dada la imposibilidad de obtener resultados fiables con el requisito de la igualdad referencial o semántica, es preferible evitar dicho requisito y centrarse en los condicionantes sociales o estilísticos de las formas que están en aparente alternancia y, además, estudiar la distribución y la naturaleza de los significados lingüísticos que surgen de la variación (1978:179). Considera que se trata de la solución idónea para analizar la variación sintáctica, sobre todo porque el factor comunicativo (y, consecuentemente, el estilístico) es el que puede dar lugar a los distintos significados (sociales, discursivo-pragmáticos, etc.) en la interacción comunicativa.

⁸ Desde un acercamiento diferente, otros autores cognitivistas defienden una ampliación similar en la concepción del *significado* de los elementos lingüísticos: la adscripción geográfica, social y situacional de dichos elementos, si es percibida por los hablantes, forma parte de su significado tanto como el propio contenido conceptual. Por ejemplo, Kristiansen (2008) estudia los cambios de estilo con respecto a distintos acentos del inglés a partir de la noción prototípica de *punto de referencia*, que permite definir el acen-

to utilizado por los hablantes como un conjunto de rasgos perceptualmente prominentes que sirven para representar significados e identidades sociales. No se trata de un estudio que coincida completamente con la definición y concepción de la variación que asumimos en este trabajo, pero sin duda constituye un avance para estudiar los fenómenos sociestilísticos desde una perspectiva cognitiva. Asimismo, Gries y Stefanowitsch (2004) y Grondelaers, Geeraerts y Speelman (2008) analizan distintos casos de variación sintáctica.

⁹ Este corpus comprende unas 300.000 palabras, divididas a partes iguales en textos de la prensa escrita y de la radio de ámbito local de esta ciudad, y repartidas en diversos géneros textuales. El texto completo se recoge como anexo en Aijón Oliva (2006a).

¹⁰ Hay que señalar que el cognitivismo tiende cada vez más a usar corpus y datos empíricos para observar los fenómenos gramaticales (cf. Barlow y Kemer 2000, Kristiansen et al. 2006, 2008; Geeraerts 2005, 2006; Gibbs 2006, Dirven 2005, Ruiz de Mendoza Ibáñez y Peña Cervel 2005, González Márquez et al. 2006, Geeraerts y Cuyckens 2007). (Es cierto que tal proceder no posee aceptación universal: Itkonen 2003 considera que los corpus son siempre limitados e incompletos, por lo que no es imprescindible su utilización; Langacker 1999 comparte, en cierta medida, esta idea). No obstante, hemos aclarado que nuestro enfoque sociolingüístico pretende avanzar en el conocimiento de la variación morfosintáctica como creación de estilos lingüísticos, observando la naturaleza interna de dicha variación y llegando a dilucidar sus propiedades cognitivas. Por lo tanto, la dirección de nuestro análisis es, en cierta manera, inversa a la que propone la moderna sociolingüística cognitiva, que parte de las categorías nocionales abstractas y analiza deductivamente su reflejo en el uso.

¹¹ Langacker (1983) sostiene que la concordancia variable puede estar relacionada con determinados principios que gobiernan la saliencia cognitiva, como la preferencia del carácter humano del referente frente al no humano.

¹² Obsérvese que, si se hubiera formulado léxicamente dicho objeto, llevaría la preposición *a*, en principio propia de CD animados y determinados: *Su limpieza convierte a la biomasa en el principal combustible del futuro*.

¹³ En el análisis cuantitativo de la variable *dativo / acusativo* sólo se tuvieron en cuenta los casos de complemento directo con referente humano, ya que los no humanos rara vez concuerdan por medio de *le* en un dialecto no leísta (lo que, en cualquier caso, también apoya nuestra hipótesis sobre el fundamento semántico-cognitivo de la elección entre los clíticos).

¹⁴ La formalidad es en gran medida una cuestión de *normalización estilística* (cf. Aijón Oliva 2006a:91). Algunos géneros textuales se hallan más normalizados lingüísticamente que otros; pero pueden estarlo tanto hacia lo formal como hacia lo informal. Ello se relaciona con el grado en que sus caracteres situacionales se hallan predeterminados, o bien admiten cierta variación. Los géneros que normalmente se entienden como *formales* prefieren por lo común el uso de formas de prestigio, que suelen estar asociadas a las prácticas lingüísticas de los grupos sociales favorecidos y formar parte de las variedades estándares.

¹⁵ Sobre estos y otros caracteres comunicativos que definen los géneros textuales, cf. Biber (1988), Finegan y Biber (2001).

¹⁶ Por lo tanto, es necesario tener en cuenta que en la variación gramatical se dan multitud de circunstancias, y que en el estado actual de la investigación es pronto para poder reducirlo todo a explicaciones internas. Factores sociales como el prestigio de un grupo o las modas pasajeras pueden influir, en ciertos casos, tanto como los de naturaleza interna cognitiva. Pero habrá de ser un objetivo básico de la investigación futura el llegar a descubrir si, como creemos, existen siempre conexiones profundas entre unos y otros aspectos.

¹⁷ Los trabajos clásicos en que se discute el supuesto problema del significado son, entre otros, los de Lavandera (1978, 1984), Labov (1978), Romaine (1984), Silva-Corvalán (2001). Aijón Oliva (2006a) y Serrano (2007, 2009), tras analizar esta polémica histórica, sostienen que las diferencias de significado pragmático-discursivo entre las variantes sintácticas no son el problema, sino precisamente la solución; de otro modo sería inevitable, creemos, el estancamiento del variacionismo.

¹⁸ Destaquemos que también el plano diacrónico de la variación morfosintáctica puede quedar integrado en esta perspectiva teórica. Las variantes más tradicionales y menos innovadoras (en nuestro caso, la falta de concordancia clítica, el uso de las formas de acusativo y la enclisis) van quedando progresivamente confinadas al lenguaje escrito y formal, mientras que sus alternativas son, lógicamente, más propias de las situaciones coloquiales. Un aspecto importante que cabría investigar es por qué, según parece, las variantes que transmiten un mayor flujo de energía y una mayor afectación semántica de los objetos sintácticos están siendo desplazadas desde hace siglos por las que comunican una mayor autonomía de dichos objetos.

¹⁹ Para Coupland, la variación dialectal es la que posibilita la existencia de distintas formas de hablar o estilos; esto es, los rasgos concretos de una variedad están perfectamente habilitados para articular la identidad social del hablante y sus objetivos comunicativos, porque vinculan las variantes a significados sociales concretos que ya están social y culturalmente indexados (cf. 2001:190). Hablar en un dialecto o en una variedad significa hablar *a través de* ese dialecto o variedad (2001:204); por lo tanto, los dialectos o variedades lingüísticas son estilos sociales (2007:2).